

Economía para la paz*

EN EL PRESENTE DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DR. OSCAR ARIAS, EN LA INAUGURACION DEL DIALOGO NORTE SUR, "SIMPOSIO ECONOMIA PARA LA PAZ", HACE UN LLAMADO A LAS NACIONES PODEROSAS PARA QUE CONTRIBUYAN AL DESARME ARMAMENTISTA, PARA LOGRAR LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS.

A una década de cumplir este milenio, es ya evidente que el siglo XX ha sido uno de los períodos de cambio, más profundo y acelerado en la historia de la humanidad. Durante este siglo hemos sido víctimas de dos guerras mundiales, de cientos de revoluciones y guerras civiles, de miles de conflictos armados. Prácticamente no ha habido un solo día en este siglo en que haya prevalecido la paz en todo el orbe.

La brutal represión, empleada contra las manifestaciones y los acontecimientos acaecidos a mediados de 1989 en la República Popular China, fue un signo de desesperanza para el mundo entero, ávido de transformaciones en favor de la libertad, de la democracia y de la paz. Por fortuna, los sucesos recientes de Europa Oriental han hecho renacer las esperanzas. La caída del Muro de Berlín y de las alambradas y el de-

rrumbamiento de regímenes autocráticos en esa región del mundo, son presagios de una nueva y más prometedora era para la paz. Las llamas inextinguibles de la democracia y de la libertad han encendido las mentes y los corazones de millones de seres humanos y se han convertido en fuerzas incontenibles. La libertad y la democracia habrán adquirido muy pronto carácter universal. Así, la paz y la cooperación entre los pueblos se hace inminente.

Pero debemos buscar una paz condicionada a la libertad, a la justicia social y al desarrollo. Esta es una aspiración compartida por todo el Tercer Mundo, por más de un centenar de países pequeños y grandes que aún se ven afligidos por la miseria, el subdesarrollo y la tiranía. La esperanza de todos ellos está en un sistema internacional basado en el diálogo y la negociación, no en la fuerza militar ni en el poderío económico.

La paz debe entenderse, en todo caso, en su justa dimensión.

* Discurso pronunciado por el Presidente de la República de Costa Rica, Dr. Oscar Arias Sánchez, en la inauguración del Diálogo Norte-Sur, Simposio "Economía para la Paz", realizado en San José, del 4 al 5 de enero de 1990. Hotel Cariari.

No podemos concebir la paz sin democracia ni la democracia sin paz. No debemos confundir la paz con la ausencia de violencia. La fuerza de los líderes militares que no obedecen la voluntad de sus pueblos sólo puede garantizar una calma pasajera. Silenciar el sonido de las armas enviando a los oponentes al cementerio, no es paz. Transitar por calles apacibles mientras niños hambrientos lloran, no es victoria ni es paz. La paz a que aspiramos no es la paz de los cementerios ni la paz de los niños famélicos. No es la calma impuesta a puntas de bayoneta ni la justicia impuesta por la bota militar. No podemos buscar la estabilidad a costa de nuestros principios y valores morales.

Las soluciones de fuerza, las soluciones militares, las soluciones que responden a posiciones individuales, no son el sentir del mundo actual. Una paz duradera requiere pluralismo, respeto por los derechos humanos, por las libertades fundamentales, por la libre elección popular de las autoridades de gobierno. Por eso la paz sólo será posible y duradera si se basa en la democracia.

Tampoco podemos concebir la paz sin justicia social ni la justicia social sin paz. La tragedia del mundo contemporáneo es la injusticia social, que históricamente ha desbordado los límites de la moralidad. Mientras no corregimos las injustas estructuras en que se basan las relaciones del mundo, mientras no se produzca una verdadera transformación social y económica, la solución será efímera y la paz no echará raíces. Establecer la democracia económica en nuestros países es un imperativo histórico que requiere voluntad

política, tolerancia, respeto y cooperación internacional.

Y nunca debemos concebir la paz sin desarrollo ni el desarrollo sin paz. El sistema democrático no será sostenible si no se apoya en el desarrollo. El Sur ha sufrido en los últimos años un empobrecimiento acelerado. La decadencia de las estructuras productivas y la disminución del ritmo de nuestro progreso han provocado una profunda crisis económica, social y política.

Necesitamos adoptar nuevos modelos de desarrollo. Los sistemas económicos deben transformarse, volverse más flexibles y participativos. En la planeación de nuestro futuro debemos integrar, a los elementos económicos, consideraciones relativas a la justa distribución de la riqueza. La eficiencia es necesaria, pero ella sola no garantiza la justicia social.

El desarrollo de los países pobres no debe verse, nunca más, como una amenaza al mundo desarrollado. Todo lo contrario: es parte del camino de paz que a todos beneficiará. Lo mismo sucede con las demás grandes luchas que estamos obligados a dar en el campo internacional.

El problema de la deuda externa de los países del Tercer Mundo conspira gravemente contra el fortalecimiento de la democracia. El crecimiento económico sostenido no será posible mientras no se reduzca el peso excesivo de esa carga. La inversión productiva se ve severamente limitada a causa de nuestra obligación de realizar enormes transferencias de recursos por concepto de intereses y capital. Por eso, la consolidación de la democracia y de la paz también depende, en gran medi-

da, de una solución viable al problema de nuestra deuda externa.

A estas alturas, no se puede concebir el desarrollo sin una profunda preocupación por la naturaleza. Es preciso insistir en la necesidad de encontrar soluciones al problema del deterioro del ambiente de nuestro planeta. El cambio tecnológico acelerado de las últimas décadas ha transformado todas las sociedades, exponiéndonos a nuevos peligros y amenazas. Quizá la más seria y espeluznante de esas amenazas sea la proliferación de las armas nucleares; pero no menos aterrador, aunque sí más sutil, ha sido el ataque a la biosfera como resultado de la contaminación ambiental y la destrucción del medio natural.

Desde el océano hasta las altas montañas, Costa Rica posee una riqueza biológica incomparablemente mayor que la de cualquier área de dimensiones semejantes en el mundo. Nos sentimos responsables de ella y queremos cuidarla, recuperarla, salvarla no sólo para nosotros, sino también para toda la humanidad. Nuestro país ha asumido la responsabilidad que le corresponde como depositaria del extraordinario tesoro natural que encierran nuestros mares, nuestro suelo y nuestras selvas. Incluso, hemos sacrificado exportaciones de hoy para el bienestar de las generaciones futuras y de toda la humanidad.

Creemos que, de la misma manera, aquellos que tienen el privilegio de las tecnologías avanzadas deben sacrificar ganancias monetarias en aras del progreso humano. Es imperativo que las naciones ricas inicien la transferencia ordenada y sistemática de tecnología sumada al fortalecimiento de la

julio-diciembre/1989

capacidad interna de los países pobres para asimilar y desarrollar esa tecnología conforme a sus propias realidades.

Pero, para lograrlo, necesitamos la paz y la democracia, necesitamos el reposo que no podremos lograr mientras en el mundo hablen las armas. Durante gran parte de la historia los recursos internacionales dedicados a la cooperación, así como los pocos recursos de los países en desarrollo, se han utilizado para promover la guerra. La compra de armas ha desplazado a la construcción de escuelas y hospitales y a la compra de vacunas infantiles.

El desbalance entre dinero para armas y recursos para la paz es aterrador. En los sesenta segundos en que se destinan 2 millones de dólares para material de guerra, mueren de hambre 15 niños. Mientras se invierten 27.000 dólares anuales para adiestrar a un soldado sólo se dedican 450 dólares para educar a un niño. La suma de dinero que se canaliza hacia la investigación en armas es seis veces mayor que la dedicada a la investigación en salud. Los Estados Unidos y la Unión Soviética ocupan el primer lugar en poderío militar, pero están situados en los lugares números 17 y 45 de los índices de mortalidad infantil. En nuestra sufrida y pobre Centroamérica gastamos 6.000 dólares anuales en mantener a un soldado y únicamente 70 dólares en un estudiante.

Los costarricenses podemos decir con legítimo orgullo que somos casi el único país del mundo en donde eso no sucede. Podemos mostrar la diferencia en materia de salud y de educación y, sobre todo, en el ámbito de la democracia y la libertad.

Costa Rica tiene autoridad moral para proclamar que el mundo debe desviar el uso de sus energías, de la acumulación de armas a la inversión en el desarrollo y la paz.

Las armas, que un día en la historia fueron símbolo de libertad e independencia se han transformado con demasiada frecuencia, en símbolo de subdesarrollo y de opresión. Desde hace mucho tiempo los soldados dejaron de ser guardianes de la libertad de los pueblos para erigirse en sus carceleros.

La supresión del ejército, un acto que difícilmente tiene precedentes en la historia de la humanidad, liberó a Costa Rica de una pesada carga económica. El país se sustrajo así, desde hace cuarenta y un años, del armamentismo, que no sólo plantea una grave amenaza de destrucción para la humanidad, sino que también constituye uno de los mayores obstáculos a que se enfrentan los pueblos en su camino hacia la democracia y el desarrollo.

La pacificación permitirá reducir significativamente los arsenales y los contingentes militares. En esa cruzada hay una responsabilidad para cada país: unos tendrán que destruir cabezas nucleares; otros, uniformes de soldados, pero todos deberemos trabajar incansablemente por lograr el desarme. Es necesario que el soldado deje el rifle y tome el arado. Es necesario que el soldado se comprometa con la libertad de su pueblo y que no amenace sus derechos. Todavía más: debemos aspirar a la supresión de los ejércitos en todo el mundo, porque los hombres libres son capaces de entenderse sin necesidad de acudir a la violencia.

En América Latina han desaparecido ya muchos tiranos. Panamá comen-

zará pronto a transitar por la senda democrática. El dictador que la oprimía ha caído. No obstante, es una lástima que para lograr un progreso en la depuración de la moral política panameña se haya tenido que recurrir al deplorable procedimiento de la violación de la soberanía del país y al quebranto del Derecho Internacional.

El pueblo panameño tiene la oportunidad de decirle a las naciones libres que desea transitar por el camino de la paz, de la democracia y del desarrollo. Panamá mira la posibilidad de terminar con su aparato de guerra, para que únicamente una fuerza de policía mantenga el orden. Sin embargo, nos preocupa que en los planes de reorganización de las fuerzas de seguridad se piense poner a la cabeza de ellas a quienes ayer vistieron el mismo uniforme militar que se usó para coartar la libertad. Por eso le digo al pueblo panameño que no es suficiente cambiar los nombres, es necesario cambiar las mentes. Es necesario educar a los hombres y las mujeres para que construyan un país de paz, un país democrático, un país en donde nunca más una madre llore la muerte de su hijo por la prepotencia de un soldado.

El mundo está cambiando. El futuro de los hombres debe ser un futuro de libertad para todos y sin distinciones. La humanidad entera debe cooperar con los hombres libres y con los que buscan la libertad. Como en Europa Oriental, la humanidad entera debe derribar muros y quitar alambradas, estén donde estén.

No debe quedar rincón de la Tierra en donde pueda esconderse impunemente el tirano, donde el dictador pue-

da ocultar las violaciones a los derechos del hombre o la burla de las elecciones.

Atrás debe quedar la era de confusión y cinismo en que se aplaudió al opresor de izquierda y se condenó al de derecha; la era en que se aplaudió al opresor de derecha y se condenó al de izquierda. Ahora todos sabemos que la libertad no tiene apellidos, no acepta condiciones, no tolera el miedo.

En América Central, esta región que se estrecha bajo el acoso geológico de los dos grandes océanos, viven cinco naciones que la historia unió y separó al mismo tiempo. Estas pequeñas naciones constituyen un complejo resultado de la interacción entre antiquísimos pueblos de todos los continentes. Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica son sus cinco hogares, sus cinco geografías, indistinguibles para la mayor parte de la humanidad. Son naciones que adquirieron sus identidades a impulsos de la dilatada empresa colonial de España, sobre la base de grandiosas y avanzadas culturas precolombinas. Son un crisol de la humanidad al que le ha tocado en suerte compartir los alientos culturales del planeta.

Sin embargo, entre los países centroamericanos existen diferencias de identidad y de trayectoria histórica. Esas diferencias son lo suficientemente claras como para haber dado, a cada uno de los cinco pueblos, identidad y orgullo nacionales. Lo importante, en todo caso, es que los pueblos centroamericanos tienen un destino común. La historia y la geografía, pese a todos sus accidentes, los atan indisolublemente. Por eso, los gobernantes de Centroamérica tenemos un compromiso de hermandad. Tenemos un compromiso

julio-diciembre/1989

de identidad que nos impide, aún si quiéramos aislarnos egoístamente unos de otros, ignorar los sufrimientos de todas esas naciones.

Los pueblos centroamericanos han sido víctimas de la explotación, la miseria, el totalitarismo y la dependencia. Han luchado incansablemente por librarse de la opresión, por alcanzar su desarrollo material, por establecer la democracia y consolidar su independencia. No han cesado de plantear sus reivindicaciones de libertad, justicia y democracia. A veces, en la desesperación de los fracasos reiterados, han recurrido a la guerra.

Pero estos pueblos aman la paz. No merecen el horror de la guerra y esperan y buscan una oportunidad para realizarse en paz. Los centroamericanos queremos ser dueños de nuestro propio destino; modelarlo autónomamente, sin interferencias extrañas, pero con gran sentido de solidaridad con todos los pueblos del mundo. Nos hemos propuesto establecer en nuestra región condiciones de libertad, justicia y democracia y formas de convivencia internacional ejemplares. Estamos dispuestos a crear un clima de paz que nos permita afrontar juntos nuestros más graves problemas.

La paz debe llegar a Centroamérica por el sendero de la democracia. Los centroamericanos no podemos permitir que los cañones sigan amenazando nuestros anhelos de justicia y de desarrollo, pero tampoco deseamos que retorne la amarga y estéril paz de las dictaduras, cualquiera que sea su signo ideológico.

Avanzamos hacia el perfeccionamiento de nuestros sistemas electorales. De ese modo, pretendemos garan-

tizar a nuestros pueblos que el voto libremente emitido será para siempre el único mecanismo idóneo para expresar la voluntad popular. Nuestra meta es lograr que todos los gobiernos de la región sean el resultado de procesos democráticos. La autoridad de nuestros gobernantes siempre estará legitimada para proceder de elecciones libres, realizadas en medio del más absoluto respeto a los derechos políticos de los ciudadanos.

Vivir en democracia es la más elevada aspiración política de nuestros pueblos: procesos políticos representativos y pluralistas, respeto a los dere-

chos humanos, respeto a la soberanía y a la integridad de nuestros Estados, oportunidad para alcanzar un desarrollo compartido.

Las aspiraciones de nuestros pueblos son aspiraciones humanas. Son aspiraciones propias de pueblos que no pretenden la conquista ni la preeminencia. Son aspiraciones que no amenazan a nadie, a ningún hombre ni a nación alguna.

Una vez más, pido que las naciones poderosas nos tiendan la mano para ayudarnos a sobrellevar la penosa transición hacia la paz, la democracia y el desarrollo